



FICHA DE ENTREVISTA DE JORGE ALONSO PARA EL LABORATORIO AUDIOVISUAL DEL CIESAS, 17 de julio de 2012

Nací en Aguascalientes, Ags., el 20 de enero de 1943 en plena guerra mundial. Mi padre, Salvador Alonso Alonso, tenía entonces 25 años, los mismos que tenía mi madre, Dolores Sánchez Villegas. Mi padre era un trabajador ferrocarrilero, pues Aguascalientes era un centro importante para la reparación de las máquinas de vapor. Ferrocarriles era la empresa que mayor empleo daba a la ciudad. Fui el tercero de ocho hijos, tres hombres y cinco mujeres. Una hermana había muerto al mes de nacida y no la conocí. Mi hermano mayor tenía un problema cardiológico y murió cuando yo tenía cinco años, así que por eliminación quedé como el mayor. Recuerdo que pasó por Aguascalientes el Escuadrón 201, y salimos a la calle a ver volar los aviones mexicanos que participaron en la segunda guerra mundial. Años después empezaron las carreras panamericanas que atravesaban la ciudad. Yo iba con mis amigos a ver pasar los coches deportivos. En Aguascalientes se jugaba el “beisbol”. Yo pertenezco a un equipo infantil. La feria de San Marcos era una fiesta que duraba muchos días en el mes de abril.

Hice la primaria en un colegio particular incorporado de la familia Alcalá. En septiembre desfilábamos por la ciudad con nuestro uniforme de gala que incluía cachucha tipo militar. Para ir a la escuela yo tenía una bicicleta. Tenía prohibido ir a las carreteras, pero era precisamente lo que me gustaba. Estaban las salidas a San Luis Potosí, a Zacatecas y a la ciudad de México. En la ciudad de México vivía mi abuela paterna y varios tíos, y en las vacaciones de verano pasaba algunas semanas en sus casas. Me gustaba ir al cine los domingos. Abundaban las películas de vaqueros y de la guerra. Me impresionaron películas como el Mago de Oz, la última vez que vi París, Marabunta, la furia del Ceilán, el salario del miedo, los diez mandamientos, el puente sobre el río Kwai, arroz amargo, etc. Iba a funciones de lucha libre en donde participaban el Santo y el médico asesino. También leía mucho. Recuerdo Corazón, el diario de un niño, Julio Verne y las novelas de Salgari. Me impresionó mucho que unos trabajadores hicieron una huelga de hambre en la plaza principal, y que el gobernador se pasaba frente a ellos para burlarse después de salir de uno de los principales restaurantes. En la campaña presidencial de 1952 fue deslumbrante cómo cada uno por su cuenta, Lombardo y González Luna llenaron la plaza principal. Pero unos amigos me invitaron a repartir propaganda de Enríquez Guzmán en la que Ruiz Cortines aparecía como traidor a la patria recibiendo en Veracruz a tropas yanquis. Como tenía un tío abuelo que era el señor cura de la Parroquia de San José en el centro de la ciudad, me invitó a que fuera monaguillo. Al terminar sexto año, solicité ser admitido en el Seminario en donde cursé la secundaria y la preparatoria. Era un internado y salíamos a nuestras casas sólo dos semanas al año: en pascua y después de navidad. Mis padres me visitaban dos horas los domingos por la tarde. Además de matemáticas, castellano, biología, física, química, geografía, historia, y las demás materias ordinarias nos enseñaban latín y griego. En mis tiempos libres leí libros de historia de México, poesía, novelas cristeras, escritos de Ortega y Gasset y Chesterton, novelas de Graham Greene y Morris West. Cuando tenía 15 años el movimiento ferrocarrilero sacudió la ciudad de Aguascaliente. Recuerdo haber asistido como curioso a uno de los mítines durante la huelga ferrocarrilera, pero también recuerdo que con la

represión la ciudad fue tomada por el ejército que patrullaba las calles con soldados de caballería y que impedía la reunión de grupos de personas. En Aguascalientes no había jesuitas, pero cayó en mis manos una historia de la Compañía de Jesús que me impresionó por la manera como formaba a sus integrantes. Cuando el jesuita Rafael Ramírez dio ejercicios espirituales en octubre de 1959 le manifesté mi intención de ingresar con los jesuitas. En diciembre de ese año me hicieron los exámenes previos. En enero de 1960 me llegó la comunicación que debía presentarme el 17 de ese mes en la Magnopontana casa de formación en las cercanías de Guadalajara, al lado del río Santiago, cuando estaba limpio y uno podía nadar en él.

Hice el noviciado de dos años en 1960 y 1961. El noviciado tenía cuatro pruebas principales, cada una de un mes: los ejercicios ignacianos, la estancia en algún hospital para trabajos de limpieza, las peregrinaciones de un mes para pedir la comida de limosna, y otro mes de trabajos en la lavandería, o en otras dependencias de los servicios de la casa en donde estábamos alrededor de cien personas. El mes de hospitales lo pasé en un hospital de unas religiosas que estaba cerca de San Juan de Dios. El mes de peregrinación fue en Ixtlahuacán del río. Los ejercicios nos entrenaban en el discernimiento de espíritus, a ponernos en total indiferencia frente a cualquier decisión importante frente a la que examinábamos a fondo sus pros y sus contras. También había un ejercicio cotidiano de examen de conciencia que permitía hacer una autocrítica a nuestro comportamiento. No leíamos periódicos ni oíamos noticias, pero nos enterábamos del triunfo electoral de Kenedy y de la invasión de Girón en Cuba. Por ese entonces aprendí lo básico de la apicultura y ayudaba a cuidar panales tanto en la casa de formación como en la casa de descanso que estaba en Tapalpa. También participé en los primeros pasos de la organización del archivo cristero que tenía a su cuidado Rafael Ramírez. Además las enseñanzas de la vida en la Compañía de Jesús aprendíamos latín, griego y literatura. Rafael Ramírez, en una pequeña máquina de escribir, sin necesidad de diccionarios traducía del griego al español a Demóstenes y a San Juan Crisóstomo a una gran velocidad. Un día que le estaba ayudando con cosas prácticas, se detuvo de golpe y me pidió que viera el texto que estaba traduciendo en una versión de Oxford. Me señaló acusatoriamente una palabra para decirme, le falta la iota suscrita (una pequeña tilde que algunas palabras griegas llevan abajo). Yo vi con cuidado la palabra, y me remití al argumento de autoridad: yo creo que hay que hacerle caso, es una versión crítica de la universidad de Oxford, no creo que se hayan equivocado. Esto no convenció a mi profesor, que me mandó a la biblioteca a buscar otra versión griega del Crisóstomo. Y efectivamente, ahí sí estaba la iota suscrita. A principios de 1962 inicié lo que se llamaba el juniorado que era la formación humanista clásica. Fuera del griego y del francés, las clases, los libros, y la conversación eran en latín, que para nosotros resultaba una lengua viva no sólo académica sino de la vida cotidiana. Leíamos el nuevo testamento en griego y a autores como Saint-Exupéry Camus y Paul Claudel en francés.

Además de las sintaxis griega y latina, del estudio de las culturas griega y latina, leíamos *De Viris Illustribus* de Lhomond, hacíamos composiciones en latín, leíamos a los autores latinos clásicos (Virgilio, Cicerón, Salustio, Horacio, César etc.) y los analizábamos. Además aprendíamos a hablar en público y estudiábamos la historia de la literatura mexicana. También teníamos clases de historia del arte. Hice un escrito sobre la fundación de Roma basado en la Eneida, y otro sobre la amistad basado en Cicerón. Escribí sobre la figura de Aquiles como



ejemplo de la Areté, basado en Homero. Escribí también una comparación entre Hamlet y Orestes, basado en Shakespeare y Esquilo. Aprendí lo que era la esencia de la hybris. Influyeron en mí los siguientes profesores: Alberto Valenzuela y Javier Gómez Robledo.

En julio de 1963 pasé al filosofado y teologado de San Ángel (en el edificio que ahora ocupa el ITAM) a estudiar un semestre de ciencias. Terminé todos los ejercicios de cálculo de un enorme libro, además de tener clases de física, química y biología. Durante 1964, 1965 y 1966 estudié la filosofía aristotélica, la tomista, la filosofía antigua y la moderna; sobre todo estudié con esmero a Kant, Hegel, Marx, Heidegger, Sartre y Gabriel Marcel. En este último me especialicé por mi cuenta, porque no era un autor que se enseñara. Tuve cursos de cosmología, de lógica, epistemología y de historia de la filosofía. Mis primeros ensayos versaron sobre la ciencia y lo humano con citas en latín y griego. Después profundicé en la humano como fundamento de la crítica. Proseguí con un texto que titulé el hombre como diferencia en la identidad. Luego abordé el bien y la axiología en Platón, discutí sobre lo posible y lo probable, para pasar a examinar la metafísica y Heidegger. Escribí también sobre el ser y la persona y del yo fenoménico al ser del yo, para terminar con una tesis sobre la filosofía en Engels. Por este tiempo participé en varias excursiones de alpinismo y subí las cinco montañas más altas de México. En esta etapa construí una amistad profunda con Rafael Moreno y con Luis Fernández Godard. Con ellos discutía muchos temas filosóficos. Tuve un maestro que me enseñó a abrirme al pensamiento de Teilhard de Chardin y a analizar el cine, Alberto Navarro. En esa época no me perdía ninguna muestra del cine y vi películas de Bergman, Fellini, Antonioni, Eisenstein, Godard, Kurosawa, Wells, Hitchcock, Buñel, Chaplin, Polansky, de Sica, Renoir, Truffaut...

En 1967 y 1968 hice magisterio en el Instituto de Ciencias de Guadalajara. Enseñé ética y literatura en secundaria y bachillerato. En el verano de 1967, con un grupo de compañeros, entre los que estaba Alfredo Zepeda, recorrimos el centro, el este de Estados Unidos y el sur de Canadá llegando a sitios para acampar. Estuvimos una semana en Montreal en la feria mundial, en donde pude ver manuscritos de Gabriel Marcel.

En 1969 y 1971 cursé teología en donde estudié metodología, exégesis, moral, dogmática, fe, revelación e iglesia. Contrastábamos a los tomistas con Suárez. Los textos más interesantes eran los de Rahner, Barth, Congar, de Lubac y Küng. Profundizamos en el Concilio Vaticano II. En el verano de 1969 estuve en Los Gatos, California, muy cerca de San Francisco para practicar el inglés. Recuerdo con gusto cómo Ricardo Fernández Godard y su esposa Elena Sierra pasaron por mí para que conociera San Francisco. Con ellos también se formó una amistad que trasciende el tiempo. En esa época profundicé en la historia de la iglesia. Incursioné en la patristica y sobre todo en San Ireneo, en el que me especialicé. Los maestros que más influyeron en mí fueron Luis del Valle, Porfirio Miranda y Arnaldo Zenteno. En esos años además de estudiar trabajé en el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS) haciendo una relación entre la teología y las ciencias sociales. El equipo del CIAS publicamos en el número 58 de la revista francesa *Project* de 1971 un balance sobre México 60 años después de la revolución. Había una fuerte influencia de la interpretación del éxodo como camino de liberación. Porfirio Miranda había escrito Marx y la biblia. Publiqué un texto en la revista *Christus* (en junio de



1972) en donde haciendo una revisión bíblica y patrística ponía en cuestión la propiedad privada, que me valió una airada reacción de la cúpula empresarial. Solicité mi ingreso a la maestría en antropología en la Universidad Iberoamericana. Me examinó Arturo Warman a quien le dije que quería estudiar antropología para profundizar en el pensamiento de Marx. Arturo me dijo que sí, pero que había que leer a otros autores, cosa que me pareció bien. En la maestría tuve muchos seminarios con Ángel Palerm. Cursé antropología de las civilizaciones. Ángel me puso a leer a Pareto. Realicé lecturas básicas de antropología social. Hice trabajo de campo en el proyecto de Arturo en el oriente de Morelos. Estudié antropología política, sociedades campesinas y antropología religiosa. Con Gilberto Giménez aprendí a hacer análisis del discurso. En la revista de la Ibero, *Comunidad*, en febrero de 1974 publiqué un resumen de mi trabajo de campo de un semestre en pepenadores de Monterrey. Ángel Palerm me impulsó a publicar artículos que le entregaba, pues era mi tutor en la maestría. En esta época salieron cinco artículos y un capítulo de libro, este último bajo la dirección de Warman. En la maestría quienes más me influyeron fueron Palerm, Warman y Giménez.

En 1973 se fundó el Cisinah, ahora Ciesas, y su primer director fue Ángel Palerm. Me estaba dirigiendo la tesis de maestría que combinaba la perspectiva marxista de clases con la paretiana de elites para analizar los primeros años del México postrevolucionario. Defendí la tesis en agosto de 1975. Un año después el libro estaba publicado por el Cisinah.

Una vez que concluí la maestría, Palerm me incorporó como profesor de tiempo completo en el Departamento de Antropología en la Iberoamericana. Ahí estuve hasta febrero de 1978. Impartí cursos de precursores de la antropología, economía y sociedad, sociedades campesinas, antropología política, antropología urbana, análisis coyunturales y dirigí tesis de maestría y licenciatura. Con alumnos de la Ibero formé un equipo de investigación para hacer un análisis coyuntural gramsciano del echeverrismo y publicamos un libro colectivo. En el Cisinah dirigí un proyecto de investigación en el que comparamos un pueblo campesino con una colonia irregular de pobladores urbanos. Escogí para hacer el estudio un pueblo guanajuatense, San Bartolo Aguacaliente, y la colonia Ajusco en la capital del país. En el primero había tres antropólogas y una socióloga que hicieron su tesis de licenciatura con base en esa investigación; y en la colonia Ajusco estaba un equipo de estudiantes de maestría de la Ibero. El resultado de este último estudio fue un libro colectivo que fue publicado por el Ciesas. De esta experiencia surgió una buena amistad con Rubén Aguilar, María Eugenia Falomir, Carmina Gerez, Luz Lomelí y Jorge Durand.

Un grupo de pobladores de la colonia Ajusco para impulsar la lucha por la regularización de sus terrenos habían ingresado en un nuevo partido de izquierda que se llamaba Partido Socialista de los Trabajadores. Me preguntaron que por qué no participaba yo, y acepté vivir esa experiencia. Para dedicarme de tiempo completo a la construcción de ese partido renuncié a la docencia en la Ibero en febrero de 1978. Me nombraron como organizador de ese partido en el estado de México. Realicé un informe de la situación económica y política de esa entidad federativa, y empecé el contacto con algunos grupos campesinos. En uno de ellos un diputado priista les había arrebatado territorio para regalárselo al gobernador. Habían roto un puentecito que ellos mismos habían construido sobre un canal, para impedir que pasaran las máquinas que intentaban



hacer trabajos de construcción en su territorio. El gobierno metió a la cárcel a varias mujeres por oponerse al despojo. Cuando iba subiendo con algunos indígenas un cerro para que viéramos todo lo que les querían quitar, tuve un desmayo. Las mujeres me ataron rebozos en la cintura y me levantaron los pies. Volví en mí, pero me sentía muy mal. Regresé y tuve que ir a cardiología en donde me hicieron muchos estudios. Finalmente me dijeron que no había lesión en el corazón, pero que no estaba funcionando bien, por lo que me recomendaban acudir con un cardiólogo por fuera. Lo hice y me puso tres meses de estricto reposo, que lo aproveché para leer muchas novelas latinoamericanas. Al término del reposo, seguía el problema, y me derivaron con el internista Ernesto Martínez de Alba, quien me dijo que no sabía que tenía, pero debía estudiarme. Después de meses de variados estudios de laboratorio me diagnosticó vagotonía. Tenía que evitar presiones si quería evitar sustos.

Otro hecho relevante en 1978 fue que realicé un viaje para hacer entrevistas con dirigentes de izquierda en El Salvador, Costa Rica, Panamá y Venezuela con el fin de tratar de organizar una reunión en México de partidos socialistas. Al regresar de este viaje el Provincial de la Compañía de Jesús me pidió que firmara mis papeles en donde quedaba fuera de toda obligación con ellos porque mi actividad no era compatible.

Ante el desempleo, fui con Arturo Warman, quien estaba al frente del CIDER en una secretaría estatal, quien me ofreció que leyera muchos estudios que tenían para que dictaminara cuáles podrían publicarse como libros. Hice muchos dictámenes y preparé la publicación de tres libros. También la UAM Iztapalapa me ofreció que fuera profesor invitado en el último trimestre de ese año. Di cursos de migración rural-urbana. En febrero de 1979 Arturo Warman me invitó a incorporarme a hacer el doctorado en antropología en el Cisinah, bajo la tutoría de Guillermo Bonfil.

En 1980 me case con Gáby Reynoso quien, desde entonces, ha sido una amorosa y sabia compañera que no sólo ha estado conmigo en todas mis búsquedas vitales e intelectuales, sino que ha impulsado una continua recreación por medio de una cercanía que inspira a ir renovando sin cesar una actitud crítica ante el ser y el quehacer personal, de pareja, de familia y de compromiso social.

En 1981 el CIESAS tuvo un grave conflicto con su nuevo director, Henríque González Casanova. Éste unió a la comunidad en su contra. Se formó un sindicato democrático e independiente y yo fui nombrado su primer secretario general. En ese año nació mi hijo Carlos. En agosto de 1983 presenté mi tesis de doctorado sobre el partido de izquierda en el que participé y del cual me salí después de haber profundizado en las conclusiones de la tesis. Además de Bonfil me leyeron la tesis Gilberto Giménez, Carlos Pereyra y Pablo González Casanova. También fue mi lector Humberto Monteón con quien he hecho una especial amistad. En 1984 nació mi hija María Fernanda.

En el primer lustro de los ochenta fui profesor en el posgrado de antropología en la Iberoamericana y en la licenciatura en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. El Dr.



Pablo González Casanova me invitó a varios de sus proyectos sobre elecciones y movimientos sociales. En 1984 y 1985 me invitó también a dirigir junto con él un seminario en la UNAM sobre democracia y Estado en América Latina. También participé en el doctorado como maestro en el doctorado del CIESAS.

A mediados de 1985 me incorporé a un equipo de investigadores del Ciesas en Guadalajara (Mercedes González de la Rocha, Agustín Escobar, Silvia Laison). Éramos un grupito de investigadores con diversos proyectos. Yo quería ver cómo la crisis podría reflejarse en las elecciones federales de ese año. Se fue fraguando la idea de constituirnos como una sede del Ciesas, cosa que se consiguió dos años después. Se incorporaron Guillermo de la Peña quien fue el primer coordinador de la sede de occidente, Renée de la Torre, Luisa Gabayet y Carmen Castañeda. Como el director del Ciesas, Leonel Durán, era de Chihuahua me pidió que fuera a esa ciudad a ver la posibilidad de hacer una sede del Ciesas en el norte del país. Con un grupo de antropólogos hicimos el proyecto, pero no logró ponerse en práctica.

En el segundo lustro de los ochenta fui revisor crítico de manuscritos para La Universidad de Naciones Unidas, di clases en la Universidad de Guadalajara y en el Colegio de Michoacán. Jaime Tamayo fundó el CISMOS un centro para el estudio de los movimientos sociales, y me invitó a colaborar con muchos proyectos. Desde entonces hemos fraguado una buena amistad. En 1988 no sólo estudié las elecciones federales de ese año desde el occidente, sino que también fui representante ciudadano ante el organismo electoral de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas. En esa época era miembro del Consejo General del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista en donde conocí a viejos luchadores como Miguel Ángel Velasco, quien me dio acceso a su archivo personal por lo que pude escribir dos libros, uno sobre el Partido Obrero Campesino Mexicano, y el otro sobre el Movimiento y Acción Socialista. En tres ocasiones hice trabajo de campo en Cuba, en 1978 -1979, en 1983 y en 1989, con cuyo material hice dos libros.

En 1991 logré impulsar un doctorado conjunto en Ciencias Sociales entre la Universidad de Guadalajara y el CIESAS. En esto colaboró Juan Manuel Durán. En el primer lustro de los años noventa participé en varios movimientos cívicos que demandaban democracia en la región y en el país. Precisamente por esto, además de por mis investigaciones sobre procesos electorales, fui consejero ciudadano en el Consejo Electoral del Estado de Jalisco. La mayoría de los consejeros logramos realizar un equipo que participó activamente en garantizar procesos electorales limpios y confiables. Esta responsabilidad era ciudadana y no pagada. Después participé como consejero electoral en el proceso de 1997, pero como eso se había convertido en un cargo pagado, preferí renunciar una vez que terminó el proceso electoral.

Me sentí muy honrado cuando en marzo de 1996 el EZLN me confió la responsabilidad de ser uno de los muchos asesores en los diálogos de ese año. No obstante, la mesa a la que me tocó asistir, la relativa a la democracia, no pudo prosperar por la cerrazón del gobierno federal. En mayo de 2006 fui de nuevo invitado a una mesa de discusión con la participación del Subcomandante Marcos en la Universidad de Guadalajara, y en diciembre de 2008 participé en



otro evento con el Subcomandante Marcos en la Universidad de la Tierra en San Cristóbal de las Casas con motivo de un homenaje al antropólogo Aubry. A los zapatistas les tengo gran aprecio y mucho respeto.

De 2003 a 2006 fui Presidente del Jurado que otorgaba las Medallas a la trayectoria académica de investigadores mexicanos. He sido miembro de los consejos editoriales de varias revistas universitarias, como *Nueva Antropología* y *Espiral*, y desde 2004 soy el responsable de la revista del Ciesas, *Desacatos*.

Cuando uno se hace viejo empieza a recibir varios reconocimientos. En el Ciesas he recibido premios por la formación de investigadores y por mi trayectoria académica. En la Universidad de Guadalajara, le pusieron mi nombre a la sala de juntas del Desmos. Tanto el Ciesas como la Universidad de Guadalajara crearon una cátedra con mi nombre. El Colegio de Jalisco me dio el título honorífico de maestro emérito. El gobierno de Aguascalientes me dio el Premio Aguascalientes 2000, y el de Jalisco el Premio Jalisco en 2011, ambos en el rubro de Humanidades.

Además de que fueron mis maestros y me enseñaron a adentrarme en cuestiones de la antropología, Ángel Palerm y Arturo Warman me brindaron una sólida amistad. Alguien que me enseñó a hacer trabajo de campo en el oriente de Morelos, Laura Helguera, también ha sido una muy querida amiga. Fruto del trabajo de campo en el oriente de Morelos colaboré en una publicación conjunta con Roberto Melville a quien considero un viejo amigo. Tuve un equipo de alumnos en el aprendizaje de análisis de coyuntura gramsciana. De ahí se fraguó una larga amistad con Elena Azaola, Patricia Arias, Rubén Aguilar, Ignacio Medina y Alberto Arroyo. Con estos tres últimos se consolidó con el trabajo de campo en El Ajusco y con el libro *Lucha Urbana y acumulación de capital*. Con quien he realizado muchas investigaciones, tenido importantes discusiones, compartido publicaciones y sobre todo una amistad excepcional, fundamental y a prueba de todo es con Alberto Aziz. En el Ciesas Occidente he compartido muchos procesos y una añosa amistad con Guillermo de la Peña. En los últimos años he trabajado proyectos y afectos con Xochitl Leyva, Patricia Safa, Susan Street y Santiago Bastos. En el Ciesas he tenido el apoyo y la amistad de Teresa Rojas y de Virginia García. Con ésta última la confianza y la correspondencia ha ido en aumento. En el proyecto de doctorado tuve un fundamental apoyo y amistad con Cecilia Lezama, Juan Manuel Durán, Juan Manuel Ramírez y Jaime Tamayo. He participado con Pablo Arredondo en el análisis de situaciones jaliscienses. En un denominado no grupo hemos analizado la realidad nacional y de nuestro estado con Enrique Valencia, de quien me he hecho gran amigo también. Con Rafael Sandoval estoy en un seminario sobre movimientos sociales en el que participan colectivos que intentan buscar una convivencia más allá del capital y del Estado. Con ellos también tengo una especial cercanía, y he aprendido a deslumbrarme con las luchas de un pueblo originario, el de Mezcala (En este seminario entre otros se encuentran Rubén Martín, Jorge Regalado, Marcelo Sandoval, Rocío Salcido, Carlos Peralta, Rocío Moreno, Mónica Gallegos, Jaime Montejó, Elvira Madrid, Martín González, Sofía Herrera y Adrián Hernández). Con mi sobrino Rubén he compartido estudios y un gran cariño. Hay muchos más amigos, pero los nombrados han sido piezas clave en mi trayectoria. Mis hijos han sido fundamentales pilares de mi vida.



He dirigido 12 tesis de licenciatura; 28 tesis de maestría, y 25 tesis de doctorado. He dado especial asesoría en sus tesis a once estudiantes de maestría y a 16 estudiantes de doctorado. He organizado 32 trabajos de campo, y formado 22 equipos de investigación. He publicado 22 libros como único autor, dos como coautor y tres folletos. He coordinado once libros colectivos, y co-coordinado otros 16 libros. He escrito en libros colectivos a los que me han invitado 92 capítulos de libro. He escrito en diversas revistas 243 artículos. He escrito 21 prólogos. He publicado 132 reseñas de libros. He participado en 319 eventos académicos.

A finales de los sesenta me di cuenta de que la mejor forma para aprender era la forma seminario que practicábamos en ese entonces con Luis del Valle, el cual ha sido modelo para mi propia experiencia de seminarios. Esto se consolidó con los seminarios que tuve con Palerm. Hay cuatro actividades interrelacionadas en esa manera de hacer seminarios: la exposición de un tema apoyado en autores, la réplica del tema sirviéndose de otros autores y otros puntos de vista, la discusión informada entre todos, y la relación de las discusiones para que vayan siendo acumulativas en el proceso. Esto hace una enseñanza dialógica, y uno se abre a aprender de los alumnos. Entre todos se va haciendo el avance del conocimiento. Las lecturas de Boaventura de Sousa Santos me abrieron a tratar de mirar desde el sur. Mi participación en el seminario sobre movimientos sociales me ha impulsado a hacer revisiones de fondo de varios de mis enfoques de investigación. Sigo en continua búsqueda como los movimientos con los que estoy comprometido.

Considero como muy valiosa la enseñanza de Palerm que los propios datos que construíamos los antropólogos contenían elementos importantes para hacer avanzar el conocimiento. Pienso que las experiencias de los colectivos con quienes trabajamos pueden aportar visiones novedosas si estamos abiertos a aprender con ellos. Sería un grave error caer en la práctica extractiva de conocimientos para cumplir con nuestras obligaciones institucionales. Hay que pasar a una situación dialógica de estar con los sujetos, e involucrarnos con sus procesos humildemente como quien va a aprender. Y que el conocimiento que logremos sintetizar no se lo entreguemos a dichos colectivos, sino que lo pongamos a prueba de sus discusiones, las cuales aportarán mucho más. Hay que abandonar la práctica de hacer estudios sobre sujetos sociales, para hacer investigaciones con ellos como sujetos de las indagaciones. Lo que está en crisis es esa clase de investigaciones que se hacen como mercancías que se venden a quienes financian las investigaciones. Hay que buscar comprender y hacer avanzar la ciencia y no convertirla en mercancía.